

Algunas reflexiones en torno al acercamiento a la ciudad desde una perspectiva cualitativa

Nota Crítica

Some reflections on the approach to the city from a qualitative perspective

Nota Crítica

Ruth Guzik Glantz

*Academia de Comunicación y Cultura del
Colegio de Humanidades y Ciencias
Sociales, Universidad Autónoma de la Ciudad
de México, Ciudad de México, México*

DOI: <https://doi.org/10.24275/XKLO6662>

Fecha de recepción: 6 de abril de 2017

Fecha de aceptación: 13 de junio de 2017

Fecha de publicación: 12 de diciembre de 2017



En este trabajo se intenta reflexionar sobre la importancia de generar acercamientos metodológicos en materia de investigación de corte etnográfico que puede asumir para el conocimiento de la ciudad, y particularmente a las formas en que la ciudad es experimentada, concebida, vivida e interpretada por quienes la habitan.

De hecho, visualizar mentalmente la ciudad implica, en la mayoría de los casos, representarla casi de inmediato como un espacio densamente ocupado por personas que caminan codo a codo entre grandes edificaciones y sin mirarse entre sí, al lado de infinitas filas de automovilistas esperando impacientemente que concluya el paso de los peatones para poder avanzar hacia algún lugar de la misma ciudad.

Asociamos a las ciudades a espacios ocupados por edificaciones similares organizadas por bloques, cuadras o manzanas; distribuidas en barrios, colonias, zonas o demarcaciones políticas, con características en común. Relacionamos a la ciudad con la dotación de servicios públicos diversos y espacios para el intercambio, el trabajo, la movilidad y el esparcimiento, así como a la política urbana, espacial y social.

En congruencia con estas imágenes mentales socialmente compartidas de ciudad, asociamos los estudios sobre ésta a indagaciones cruzadas por la medición precisa de habitantes, pobladores, peatones, pasajeros, inquilinos, propietarios, automovilistas, trabajadores, servidores públicos. Describir la ciudad es también contabilizar sus servicios, las comunicaciones, las vías públicas, las magnitudes de sus calles y rutas, la capacidad del transporte público y del privado.

La ciudad es frecuentemente vista como espacio colectivo cruzado, habitado, construido, intervenido, por personas contabilizadas e identificadas desde el anonimato, vistas como opinión pública, como movimiento, como organización; estudiadas

desde el ser, la identidad y la pertenencia colectivas, sin rostros y sin ideas individuales, con escasa o nula identificación de colectivos particulares cargados de matices propios, de especificidades que los distinguen y con ello contribuyen también a configurar ese perfil ciudadano.

En principio propongo acercarnos a conocer a las ciudades también desde el pequeño espacio, desde colectivos específicos, desde la mirada de grupos particulares, de ámbitos limitados geográficamente. Creo indispensable abrir la mirada hacia localizados espacios acotados, desde los cuales puedan mirarse algunas de las formas en que la ciudad es experimentada, vivida, interpretada. Sugiero identificar las variaciones, las diferencias, las ideas compartidas y comunes, pero también las diversas y únicas por provenir de un grupo, zona o colectivo que se imagina, vive y recrea a sí mismo como particular y propio, pero urbano. Importa, pues, recuperar información de la ciudad, sus habitantes y sus experiencias particulares que nos permitan desarrollar mapas en los que tengan cabida diversos matices y tonos que nos obliguen a pensar en políticas incluyentes, flexibles, que promuevan la convivencia y la puesta en común. Vale la pena entonces acercarse a entender a la ciudad y a sus habitantes en los términos en que Frazer describe el trabajo que en su momento hizo Malinowski en Nueva Guinea tomando “en cuenta todas las complejidades de la naturaleza humana, por así decirlo” “[viendo] hombres en relieve, no perfiles de una sola dimensión” (Frazer, 1986:12).

Una importante limitante para pensar esfuerzos investigativos de esta naturaleza está íntimamente relacionado con que son pocos los colectivos y habitantes ciudadanos que reflexionan activamente sobre su papel como productores y reproductores de la cultura urbana, y cuando esto sucede lo hacen más bien desde sus propios grupos de adscripción —como los grafiteros, los habitantes de los

pueblos originarios, los miembros de las llamadas tribus urbanas o los oriundos de los barrios de la ciudad, para dar algunos ejemplos— y muy pocos se miran a sí mismos —muy pocos nos miramos a nosotros mismos— como constructores activos y participativos de la cultura urbana desde nuestro propio tránsito y presencia en la ciudad misma. Habitamos las ciudades, formamos parte de ellas, pero no logramos identificar las formas en las que en el transcurrir de nuestra vida cotidiana nuestras acciones, prácticas y formas de relación y de encuentro vamos delineando el territorio local en el que nos desenvolvemos, aportamos a la definición de las particularidades identitarias de las distintas zonas de la ciudad que habitamos desde la casa, el trabajo, la escuela, la vida en familia, las actividades dirigidas al sustento, la recreación, la cultura, el ocio, la convivencia.

Creo que todavía hay mucho por develar y entender sobre los mecanismos mediante los cuales las sociedades urbanas se producen y reproducen a sí mismas, a través de acciones e interacciones cruzadas por la interpretación de símbolos y significados socialmente compartidos en materia de experiencia ciudadana, de cultura urbana, de delimitación de las formas en que un acotado espacio territorial y geográfico de la ciudad desde su diálogo con la gran urbe, contribuye a definirla y darle contenido como tal.

He observado a lo largo de ya muchos años de trabajo docente sobre los enfoques cualitativos de investigación con estudiantes y profesionistas distintos, que resulta más difícil de lo que siempre supongo acercarse a la vivencia de las personas sobre temas específicos, y más aún hacerlo desde una perspectiva y un método cualitativos, pues en la práctica se mezclan y superponen las propuestas metodológicas de corte cuantitativo con las de corte etnográfico. Así, de manera casi automática, los nuevos investigadores, prácticamente al mismo tiempo de

definir su tema a estudiar, sus supuestos de trabajo y sus preguntas de investigación, empiezan a pensar en desarrollar listados de preguntas que —entre comillas— “aplicarán” a “todos” —también entre comillas— y más aún, diseñan guiones para la observación, en lugar de acercarse a esos espacios intentando volver a mirarlos como por vez primera, como ajenos, como desconocidos.

Es indudable que debemos tener un problema en la cabeza para poder acercarnos a él y que necesitamos contar con un plan de preguntas e hipótesis acerca de lo que observaremos en campo —que por cierto en este caso será un fragmento de la ciudad—, sin embargo, es también importante acercarse al espacio social de nuestro interés un tanto “con la mente en blanco”; como dijera el ya multicitado Malinowski, encontrarnos con el lugar sin intentar “demostrar” —demostrar nuevamente entre comillas— nuestras hipótesis, lo que creemos que sucede, sino intentando abrir siempre nuestra mirada hacia nuevas versiones, percepciones, declaraciones hasta hipótesis no previstas, tratando de encontrar en todo momento respuestas distintas y por supuesto preguntas nuevas para pensar con nuestros informantes. Esto es, en el marco de una propuesta de estudio cualitativa, el listado de preguntas ya diseñado puede cambiar tanto de orden como de sentido y de contenido, al tiempo que el investigador se va sumergiendo en el campo de estudio y en sus relaciones con sus informantes y con el mundo observado. A la vez, los guiones de observación deben servir como referente, pero el observador deberá intentar registrar eso que mira en un contexto determinado, en especial, como propone el propio Malinowski, eso que sucede de manera imprevista y que pone al descubierto las formas en que los sujetos entienden e interpretan el mundo.

¡Esto no es acatarse al método! —están pensando muchos en este momento—, pero sí se trata de un método, de una forma no prejuiciosa de

acercarnos a la realidad, de recuperar las categorías sociales, esto es, las palabras y expresiones propias de los lugareños, para sólo después de recogerlas, transcribirlas y ordenarlas, convertirlas en categorías analíticas, llenarlas del sentido y del contenido, de los signos y significados que las personas asignan a cada una de ellas para nombrar la realidad, para describirla, para explicarla; convertirlas, pues, en categorías teóricas o conceptuales, desarrollar el análisis. En investigación cualitativa no se trata de “demostrar” nuestras hipótesis, sino de trabajar con los supuestos e ideas de las personas sobre la realidad, y ya con estos testimonios volver a repensar la realidad misma, reconstruirla a partir de las propias expresiones y vivencias de quienes la experimentan, la piensan, la viven, la explican.

Se trata de partir de supuestos que puedan ser enriquecidos por las personas con las que trabajamos, y de manera especial de ubicarlas en el centro de nuestras investigaciones, de buscar colocarlas en diálogo directo con los lectores, recuperando y transcribiendo en lo posible sus propias formas de hablar, sus palabras, sus reflexiones sobre las formas en que perciben e interpretan su mundo, en este caso, el mundo urbano, la vivencia local, desde sus propios términos y desde su particular lógica.

Nuestro trabajo de recorte, que será amplio y descriptivo, más que explicativo, consiste en seleccionar la información, organizarla, interpretarla y analizarla, como por cierto también recortamos y dibujamos al diseñar y levantar una encuesta, pensar en sus datos, traducirlos en cuadros y gráficas, interpretarlos también.

Registrar información en el marco de una plática no formal o de una entrevista formal, agregar u omitir algunas de las preguntas previamente definidas en un guión de entrevista no significa violar las normas del método científico, pues recogeremos esa información con total pulcritud, con cuidado de recuperar los testimonios de las personas, y más aún, las palabras

y términos concretos con que ellos —no nosotros— nombran y describen la realidad y las formas en que la experimentan, interpretan e incluso organizan.

En el enfoque etnográfico tiene central importancia recoger información empírica vigilando que no filtremos ni en su recogida, ni en su organización, y mucho menos en su transcripción, nuestras propias interpretaciones de lo que ahí sucede, especialmente porque es deseable que el propio trabajo de investigación y la información que recopilamos durante su desarrollo nos encaminemos hacia nuevos descubrimientos, hacia la posibilidad de matizar nuestras propias hipótesis o ideas previas respecto de lo que sucede en un espacio físico, geográfico, social y cultural específico.

Es claro que toda esta argumentación está llevando a muchos a pensar sobre el carácter “subjetivo” de la investigación cualitativa o etnográfica. Recordemos entonces un asunto de central importancia, la etnografía o la investigación cualitativa, si bien se realiza partiendo de la subjetividad del investigador, pues es éste quien recorta la realidad y define las preguntas de investigación, este tipo de indagación no es en sí misma subjetiva, sino que más bien trata sobre la subjetividad de los otros. No nos acercamos a lo sujetos cargados de subjetividad o intentando convertirnos en sus amigos o confidentes, incluso intentamos al acercarnos al “campo” de estudio dejar suspendidas nuestras hipótesis e ideas previas, más bien al acercarnos al mundo desde una perspectiva y un método cualitativo nos proponemos indagar sobre su subjetividad, sobre las formas en que las personas interpretan su realidad, sobre las formas en que de manera individual y colectiva la viven, la experimentan, la entienden, la describen, la explican.

Y hacemos todo esto bajo un riguroso método de levantamiento y procesamiento de la información, en el que intentamos también suspender nuestras propias percepciones sobre la realidad y

sobre lo que ahí sucede; a través de este método dejamos —o debemos dejar— por un momento del todo nuestra propia subjetividad, nuestras propias hipótesis para estar en posibilidades de afinarlas y complejizarlas. Reconocemos, pues, que en toda investigación cualitativa cabe la subjetividad, y nuestra presencia en el lugar y el recorte que hacemos de lo que ahí sucede están cargados de notas subjetivas, pero al aplicar el método etnográfico intentamos acotarlas todo lo posible.

A través del método etnográfico intentamos suspender también nuestras propias interpretaciones de ciudad, nuestras propias vivencias como habitantes de ésta para escuchar y entender las de los otros, sin que esto implique dejar de lado nuestras adscripciones a la teoría. En términos de Malinowski, “las ideas preconcebidas son perniciosas en todo trabajo científico, pero las conjeturas son el don principal de un pensador científico, y tales conjeturas le son posibles al observador gracias a sus estudios teóricos” (Malinowski, 1986:26).

Nuestro trabajo como investigadores consiste primero en recoger la información, cuidando de no mezclarla con nuestras propias percepciones de esa realidad o incluso encauzarla hacia nuestras propias ideas, supuestos o intereses. También es central trabajar primero sobre transcripciones literales de lo que se nos dice en campo —que en este caso es ciudad, lo cual resulta interesante para lo que aquí se conversa— el método, los instrumentos y los procedimientos para recoger la información son, pues, de central importancia en el acercamiento cualitativo a la realidad de la ciudad y constituyen las herramientas centrales para hacer a un lado la subjetividad, misma que, por cierto, siempre estará presente en toda investigación, sea ésta cualitativa o cuantitativa, como nos propone el sugerente principio de incertidumbre de Heisenberg, físico que en 1927 ilustró sobre el papel que juegan los instrumentos de investigación en los alcances, pero tam-

bién en los límites de nuestro trabajo indagativo, tema y problema científico que ha sido motivo de reflexiones de innumerables filósofos y pensadores del método científico.

Todo lo anterior, claro está, asumiendo que al estar en “campo” o con nuestros informantes, no conocemos ni la ciudad, ni la localidad, ni el problema que pretendemos observar, y que debemos conocerla desde sus fundamentos, cuidando también de descubrir, y especialmente de describir por vez primera, eso que suponemos todos que ya conocemos porque somos ciudadanos, porque habitamos la urbe. En términos de Hammersley y de Atkinson, debemos describir nuestro problema específico de interés como si lo contáramos a un marciano que nada conoce sobre el tema, como a su vez nosotros debimos haber hecho cuando recogimos la información empírica con nuestros sujetos de estudio y en el espacio geográfico que elegimos: asumiendo que no conocemos ni el lugar ni a las personas que lo configuran, y que estamos genuinamente interesados en acercarnos a éste intentando mirarlo desde cada una de las perspectivas de sus habitantes y sus grupos de personas, desde distintas miradas colectivas e individuales que en su conjunto nos permiten hacer el croquis, los apuntes para el esbozo del mapa del lugar, que a su vez se inscribirá en el gran mapa de la ciudad.

En su clásico texto *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Malinowski expone el método que seguirá para recoger la información que le permita describir el Kula, esto es, las formas propias de comerciar de los trobriandeses, y anota que para lograr un buen estudio antropológico o de la cultura local es necesario estar solo, nunca acompañado de otros, y buscar la compañía de los nativos del lugar. Para este pensador del método antropológico, es importante el “trato natural”, a través del cual “se aprende a conocer el ambiente, y a familiarizarse con sus costumbres y creencias” (Malinowski, 1986:24).

En la actualidad, es claro que permanecer por largos periodos en los lugares de estudio es una práctica cada vez menos frecuente, y que para el caso del estudio de espacios físicos, sociales y culturales específicos de la ciudad esto resulta genuinamente complejo, pero sí siguen siendo vigentes tanto la necesidad de cercanía física y empática con las personas del lugar de estudio, como combinar el trabajo de observación y de registro de los sucesos y testimonios de los sujetos del lugar, cuidando anotar separadamente en este levantamiento de datos nuestras propias interpretaciones de lo que ahí sucede o se dice, como lo proponían Malinowski y sus colegas contemporáneos que, en los propios términos del primero, señala que “una fuente etnográfica tiene valor científico incuestionable siempre que podamos hacer una clara distinción entre, por una parte, lo que son los resultados de la observación directa y las exposiciones e interpretaciones [del sujeto de estudio], y por otra parte las deducciones del autor basadas en su sentido común y capacidad de penetración psicológica” (Malinowski, 1986:21), para lo cual es siempre de gran utilidad la parafernalia del investigador cualitativo, como lo son las grabadoras, los artefactos para recoger video y especialmente las simples libretas de notas que permiten registrar de manera organizada y separada eso que observamos y eso que pensamos o creemos que vemos.

Como sabemos, la entrevista a los —entre comillas— “nativos” del lugar, a quienes ocupan el espacio físico y geográfico de estudio, desarrollada con un carácter formal o conversacional e informal es la herramienta más poderosa para recoger la información sobre esto que buscamos (Valles, 2009 y Woods, 2011), pensándolo recuperar de manera sincrónica —cómo viven y experimentan el problema o tópico las personas oriundas del lugar—, al tiempo que sondeamos al menos un poco sobre la historicidad de este problema y sobre la manera individual y

especialmente colectiva en que se entienden, interpretan y pone en práctica las acciones e interacciones que configuran nuestra temática de interés.

Especial importancia y utilidad para las indagaciones sobre la ciudad tienen las entrevistas grupales de carácter formal y no formal. Recuperar no un sólo punto de vista, sino las diferencias y aún los matices entre visiones, las interpretaciones similares, pero también las diferentes, son centrales para no sólo dibujar en el mapa la particularidad de un lugar, sino, a su vez, los distintos tonos con que cada espacio se tiñe, que, como podremos corroborar con nuestras incursiones al llamado “campo de estudio”, no serán tan variadas como el número de personas entrevistadas, sino llegarán a tres o cuatro posiciones: recordemos que el enfoque etnográfico ni es sociología, el de todos y algunos, ni psicología, el de uno a la vez, sino un acercamiento antropológico que permite asomarnos a las localidades concretas y entenderlas como tales, así como a los matices que asumen las interpretaciones individuales y los pequeños colectivos sobre el lugar y su problemática concreta.

La investigación sobre la ciudad nos habla en principio de proyectos económicos, políticos, sociales, culturales y por supuesto urbanísticos siempre en tensión, de un uso y apropiación del espacio geográfico desigual y diverso, de grupos sociales distintos que a través de sus formas particulares de ocupar la ciudad, de apropiarse de ésta, expresan sus miradas sobre sí mismos y sobre sus relaciones con los otros, nos hablan sobre formas de vida diversas que conviven constituyendo ese conglomerado denominado ciudad que, a su vez, está siempre fragmentado en espacios geográficos más acotados, teñidos por sus propios matices constructivos que se ven cristalizados en rasgos de identidad local y geográfica, al mismo tiempo que los miembros de unos y otros espacios confluyen y conviven entre sí en espacios laborales, comerciales, industriales,

educativos, de servicios, recreativos y, en menor magnitud, culturales (Boureau, 2008).

Una interesante mirada dirigida a entender las formas en que el espacio urbano es apropiado por las personas está en una de las bases de este encuentro académico. Indagar sobre los mecanismos sociales y culturales en que estos espacios geográficos son cargados de sentido y contenido, de signos y significados, es también tarea de la investigación cualitativa en los diversos espacios localizados de la ciudad. Esto es, debemos acercarnos a las formas en que la ciudad incide en las prácticas, saberes y creencias de sus habitantes, a la vez que nos acercamos a las formas en que estos construyen y dan sentido y contenido a la ciudad misma, a las prácticas que contribuyen a construir una idea de localidad, de ciudad y de experiencia ciudadina. Hay avances en la exploración acerca de las formas en que los habitantes de las ciudades se apropian de los espacios urbanos y reproducen la cultura urbana, pero, desde mi particular punto de vista, queda mucho por documentar e investigar acerca de los mecanismos sociales específicos en que se produce esta cultura urbana, acerca de las prácticas que contribuyen a delimitar, dar sentido y contenido, y continuar produciendo y reproduciendo signos y significados propios de la gran megalópolis en general, y particularmente prácticas culturales urbanas en espacios geográficos concretos, en ámbitos físicos determinados.

En muchos otros estudios sobre las ciudades permea una mirada sobre la forma en que “la urbe”, “la política urbana”, “el urbanismo” constriñen y limitan a sus habitantes, los controlan y los marginan social, cultural, educativa y políticamente; en otros se analizan las formas en que al asignar espacios dotados de servicios, cultura, recreación, comercios, para unos, se coloca y reubica a otros en lugares desprovistos hasta de los de servicios más básicos, no se diga de espacios culturales y para

la recreación y el descanso, que propician y reproducen ciclos de pobreza, marginalidad y exclusión; algunos más versan sobre los complejos procesos experimentados por los habitantes de la ciudad y que implican enormes esfuerzos de familias y grupos sociales para remontar condiciones de vida adversas dentro de la gran urbe y sobre las tensiones sociales y políticas que derivan de las movilizaciones urbanas, sus encuentros y desencuentros. Hay también investigaciones adicionales sobre la ciudad que centran su mirada sobre las formas en que grupos específicos urbanos, como pueden serlo, a manera de ejemplo, los pueblos originarios, los grupos juveniles o las organizaciones sociales urbanas, que se resisten a estas imposiciones políticas, económicas, sociales y culturales y cuidan definir sus límites, delinean sus propias estrategias para contener el crecimiento urbano o las acciones frente a colectivos específicos.

De manera que hay un amplio espacio de imposición, pero también de resistencia que tiene que seguirse analizando como un todo, a la vez que dirigimos la mirada hacia procesos sociales y culturales más delimitados y seguimos descubriendo las distintas formas en que, a la par de una lucha y resistencia frente a la ciudad, se produce también un movimiento social y cultural dirigido a definir el carácter de la ciudad misma en sus pequeños espacios localizados. Hay mucho todavía por indagar acerca de las formas en que los habitantes de la ciudad asignan de manera intencionada, a lo largo del tiempo y en la vida cotidiana también, caracteres, formas y sentidos específicos a un lugar concreto hasta delinear sus particularidades, a prácticas individuales y especialmente colectivas mediadas por la convivencia, la organización, el trabajo conjunto, el cultivo de las relaciones sociales, que van contribuyendo a asignarle un carácter y un rumbo específico a un lugar, a un espacio geográfico concreto dentro de la gran ciudad. Hay mucho que aprender

acerca de las formas en que de manera intencionada y sistemática se vive, experimenta, interpreta y, especialmente, se cultiva la cultura urbana en sus localizados espacios físicos, geográficos y sociales.

Este “somos”, estas identidades individuales y las identidades colectivas que configuran a la ciudad misma y a sus espacios, zonas, colonias, barrios, unidades habitacionales, cuadras y manzanas particulares, se van construyendo a lo largo del tiempo, se van consolidando a través de prácticas concretas cargadas de contenidos y significados específicos, de su historia local y de su memoria. En su maravilloso libro *La interpretación de las culturas*, Geertz nos señala, aludiendo a Weber, que “el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido”, y agrega que “la cultura es la urdimbre y [...] el análisis de la cultura ha de ser por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significados” (Geertz, 2005:1).

Así, como ejemplos, puedo pensar desde las particulares formas de construir y adornar las casas y edificios de cada zona, colonia, calle o barrio, hasta las celebraciones religiosas dedicadas a los santos patronos de los barrios y pueblos de la ciudad, las fiestas desarrolladas en la calle, el espacio común del condominio, el propio salón de fiestas de la colonia, en las que se presenta al niño que se integra a la comunidad, a la quinceañera que eventualmente habrá de formar una nueva familia ciudadana —preferentemente en el mismo barrio en que se la “presenta” y en asociación con un joven oriundo de la localidad—, a la celebración del cumpleaños que convoca a los jóvenes a reunirse, conocerse e iniciar los ritos de cortejo local. También podemos pensar en las reuniones de colonos y condóminos que se congregan para mejorar la habitabilidad de sus espacios de vivienda; el uso de los parques por niños, familias y parejas, y la nominación como “jaulas” de algunos de ellos habilitados en los ca-

mellones. La búsqueda de cultura en unas zonas de la ciudad, la preferencia por alimentos de mercados y zonas particulares, los espacios ciudadanos para adquirir ropa, bienes, instrumentos de trabajo y de recreo y, por supuesto, los espacios de protesta y de celebración colectivas. De manera especial, las formas en que los habitantes de la ciudad se sienten e imaginan como únicos y distintos, y para hacerlo se atavian y adornan su cuerpo de formas similares a las de su propio grupo, reproduciendo así una cultura colectiva y compartida de la individualidad y la diferencia que se designan como distintivos de lo propiamente urbano.

Hay mucho por estudiar acerca de las formas en que nos apropiamos de los espacios públicos, y sobre las maneras en que los representamos, los pensamos, les proponemos límites y fronteras, los dibujamos, pero, fundamentalmente, acerca de las formas en que les asignamos sentido y contenido, significados particulares, de las prácticas colectivas e individuales para asignar un carácter concreto a un lugar, a una zona que forma parte del todo, de la gran ciudad, pero desde sus propias particularidades, distinguiéndose de los otros, constituyéndose en el espacio geográfico y cultural propio y distinto que busca inscribirse en el gran mapa de la ciudad, hacer un aporte colectivo propio y formar parte de la gran urbe, pero desde sus propios límites físicos, sociales y culturales, desde su propia historia y proyecto.

Los mapas, la cartografía de la ciudad conformada por la diferencia, por sus distintas manifestaciones culturales, por las formas particulares de producción de la cultura urbana en el pequeño espacio localizado, se están construyendo, pero también es una investigación que está por hacerse. Como señala Geertz (2005:14), "El análisis cultural es intrínsecamente incompleto. Y, lo que es peor, cuanto más profundamente se lo realiza, menos completo es".

Referencias

- Bachelard, G. (2003). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México: Siglo XXI.
- Boureau Roquet, G. (2008). "Criterios de determinación de estética urbana en México", Blog: *Ciudad y Derecho*. Veracruz. Recuperado de ciudadyderecho.blogspot.mx/2008/07/criterios-de-determinacion-de-estetica.html (consultado el 26 de marzo de 2016).
- Frazer, J. G. (1922). "Prefacio". En Malinowski, B. (1986/1922). *Los argonautas del Pacífico occidental. I. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. España: Gedisa, Col. Antropología
- Malinowski, B. (1986). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Valles, M. S. (2009). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis, Col. Sociología.
- Woods, P. (2011). *La escuela por dentro. La etnografía en la investigación educativa*. Barcelona: Paidós / M.E.C, Col. Temas Educación.